

La tía Eduviges

Dando tumbos, revoloteando, con el corazón en la punta de la boca y la respiración temblequeando su último hálito nos tenías, tía Eduviges, contemplándonote con miradas fijas y con todas nuestras carnes tensas alrededor de tu acuoso pensamiento: “que el último lamento de La Llorona se escuchó ahí, al lado de la bodega de don Pepe”, dijiste, y Pedro, Gonzalo, Arminda y yo comenzamos a auscultar nuestro alrededor. La sombra de Gonzalo nos descoyuntó por segundos, y hasta llegó a salirse a Arminda un leve suspiro nalguero. Lo cierto era que ya estábamos listos para la primera estampida. Aun así, aquello no pasó de ser una primera intentona huidiza. Pero tú continuaste, tía Vige, ahondando las grietas de nuestros frescos cerebros: “iba con una batola larga, no se le veía ni esto —y enseñaste el copo de tu índice derecho—, cuando al morir la tarde y al comenzar los faroles a alumbrar oímos primero un crepitar, seguido de cantos de gallo —cosa rara porque los gallos casi nunca cantan de noche— al laíto de la esquina de la bodega. Pasó una fuerte *ventolada* que nos hizo morder el polvo de la calle, y ahí mismito, pues, se nos hizo presente”. Las palabras finales las impregnaste de cierto vaho de baúl viejo; separaste algunas sílabas, alargándolas con énfasis, a la par que en el rescoldo de nuestras cortas vidas fluyó el recorrido diario por la esquina. Necesariamente tendríamos que pasar por ahí en horas de la tarde; primero, aproximadamente a las cuatro y media, de regreso de la bodega donde mamá sacaba fiao; más luego, a las seis, cuando regresábamos de la iglesia, recién ingerida la hostia sagrada, con nuestros ojos languidecidos por los cánticos rituales de la misa. Y nuestras mentes se tonificaban de incienso y lavábamos nuestros malos pensamientos en la pila de agua bendita y nos golpeábamos el pecho al son de la oración: por mi culpa por mi culpa por mi grandísima culpa; y así seguíamos embebidos por tu relato, haciéndote círculo en la puerta de la casa. Apoyando tu silla del pretil y con los anteojos mordisqueándote la punta de la nariz te convertías en la dueña absoluta de nuestras pulsaciones infantiles. Nuestros ojitos se empequeñecían aún más, nuestras respiraciones se aceleraban, nuestras barbillas se retorciaban hasta causarnos tortícolis, y tú, tía Vige, vieja matrona, nos tenías en tus manos y en tu tiem-



po, agonizando. Pero hubo un momento en que callaste; todos seguíamos a coro tu larga pausa cuando de repente ¡plas! y ahora sí era nuestra estampida final. Pedro saltó como caballo desbocao; a Arminda se le descaguetó el pantalón y quedó como petrificada; Gonzalo salió corriendo como chenche, como si tuviera beriberi; y yo, con las piernas haciéndome como motoneta en neutro, le gritaba a Severino: “marico, qué tronco'e susto nos echastes”. Pero tú, vieja Vige, explayando tu septuagenaria y reluciente dentadura, nos decías: “no corran muchachos pendejos, ésas son vainas del Severino, que los quiere asustá”. Así endosaste la culpa a Severino. Pero ahora, cuando paso frente a la esquina de la bodega que fue de don Pepe, me recuerdo de ti y del relato. Y pese a que me sobrepongo a este pequeño vestigio de temor que me inyectaste, sólo asimilé de aquella hora el que a los niños jamás se les engaña.

Antonio Montes